

BIOGRAFÍA

DE

MANUEL DORREGO

POR

JOSÉ T. GUIDO

Finis vitæ luctuosus, amicis tristis, extraneis
etiam, ignotis que non sine curâ fuit.

TACITO—*Elogio de Agrícola.*

BUENOS AIRES

IMPRESA Y LIBRERÍAS DE MAYO, MORENO 337 Y POTOSÍ 189

—
1877

Esta obra es propiedad del Editor

DORREGO

I

Quiero concentrar en el papel los recuerdos dispersos de un argentino que ejerció sobre los hombres de su tiempo una viva seducción, que dedicó sus facultades y su brazo al triunfo de la revolución de América, que rigió los destinos de su patria en días tormentosos, y recibió en su fin prematuro la auréola del martirio.

Juzgaré con estilo libre á sus enemigos, y á algunos de los hombres mezclados á los acontecimientos de su vida.

Me alentarán en ese estudio la simpatía por las bellas acciones, y el interés despertado por la lucha de una alma fuerte con la fortuna adversa.

Pocas existencias se presentan mas activas y ricas de esperanzas que la de Dorrego. Cuanto mas ella se acerca á su término, parece dignificarse y liberarse de sus imperfecciones. Así el viajero, al subir á una montaña, siente á cada nuevo paso aire mas puro,

hasta que, al llegar á la cumbre, contempla delante de sí horizontes luminosos ó el abismo á sus piés.

Manuel Dorrego nació en Buenos Aires el 11 de Junio de 1787. Sus padres tenían posicion modesta, pero se empeñaron en dar á sus hijos la mejor educacion que proporcionaba en el siglo pasado el vireinato.

El muchacho mas diestro en los juegos, el mas oportuno para desarmar con una ocurrencia agraciada el enojo paterno, el primero en trepar á las higueras del vecino para distribuir generosamente los despojos, entró por fin á estudiar alguna cosa seria. El colegio de San Carlos, que era entónces el plantel mas importante de enseñanza, le abrió sus claustros donde graves eclesiásticos enseñaban el latin y daban una tintura de las humanidades. El nuevo alumno se distinguió, y se hizo querer de aquellos adoradores de Minerva.

II

Nuestro estudiante se disponia á partir para Chile, á fin de dedicarse al estudio del derecho, y aun habia enviado anticipadamente su modesto equipaje, cuando el celo caritativo que le era ingénito deparó una repentina aventura referida por uno de los mismos actores.

Don Salvador Cornet, natural de Cataluña, se habia complicado en 1809 con algunos notables criollos para ciertas combinaciones en favor de la Junta presidida en Montevideo por el general Don Francisco Javier Elio, que se conceptuaba hostil al virey Don Santiago Liniers.

Este caballero exigió personalmente de aquel Catalan la promesa de ejercitar su influjo sobre un cuerpo llamado de «Miñones,» que se habia distinguido en la defensa de Buenos Aires contra los Ingleses. Su objeto era contar con esa cooperacion en caso necesario para las emergencias que se presagiaban. Lo promete el Español á fuer de leal vasallo, pero comunica este incidente al Doctor Moreno, que ya acariciaba el desig-nio de regenerar su pais, y sigue finjiéndose realista empecinado.

En efecto, el dia 1º. de Enero de 1810 hay una especie de asonada contra el Jefe del vireynato, la cual, aunque frustrada, esparció la alarma entre sus cortesanos.

Cornet, tildado de traidor y temeroso de ser condenado como tal, se escondió en el pueblo de San Fernando. Dorrego, primo político suyo, quiere salvarle sin haberle casi conocido: sale á media noche de la ciudad, armado á la usanza del país, en compañía de un tio.

Llega á aquel punto ántes de amanecer, y oculto en una enramada, espera el nuevo dia y que el dueño del bote que condujo al fugitivo lo abandone para otras diligencias. Encuentra y contrata baqueanos para transportar á la Banda Oriental á su protegido, y se le presenta tambien un sargento que, andando á salto de mata por el mismo motivo que el otro, se aprovecha de esta oportunidad de escapar. El ágil protector de ámbos hace que unas muchachas, hijas de los prácticos encontrados, lleven á la pequeña embarca-

cion aperos para caballos en bateas cubiertas con ropa, como si fuesen lavanderas. Esta precaucion era necesaria, porque una partida montada vigilaba aquellas barrancas, y estaba á media cuadra. Saca de su escondite á su primo poco ménos que á empujones, dirigiéndose á la ribera, donde hacen ademán de desnudarse para el baño. Así logran meterse en la barquilla apresuradamente; y al punto incorporándose los guias agazapados dentro de ella, izan una vela que se hincha con vientecillo favorable. Por una coincidencia rara, el piquete de observacion nada observó.

Alcanzan á la costa opuesta sobre uno de los tributarios del Uruguay, donde abandonan la robada embarcacion en que el nuevo Palinuro habia cruzado horriblemente mareado, pero sin soltar el botador.

Otros riesgos aparecian en aquella tierra, y se enmarañan en uno de sus bosques. De allí se aventura nuestro jóven á buscar la casa de un vecino de la comarca para quien llevaba una carta de recomendacion, que este atiende de manera que él mismo acude con caballos para proseguir hasta Montevideo con todos.

Hostilizaba á la sazón el general Velazco esa ciudad con una numerosa division, y con órdenes de detener á los sospechosos y prófugos de la orilla occidental.

Así, para evitar caer en sus garras, la caravana tuvo que dar grandes rodeos, pasar á nado impetuosas corrientes, y esconderse de dia en los montes. Pero cuando creian acercarse á la suspirada ciudad, los guias desorientados los habian conducido á un punto poco distante del campamento de Velazco.

El soñera abrasador; pero divisan sobre una loma un ombú, árbol feliz en estos climas para sestear bajo su sombra. Van allí, y aflojan las cinchas de sus Rocinantes. Pensaban yá en satisfacer su apetito con el sustancioso contenido de una alforja y con un zaque de vino acariciado en su travesía por Don Salvador, cuando aparece corriendo hácia ellos y dando desaforadas voces un ginete, cuyos gritos les avisaban la embestida de un perro rabioso, al que ya le tenían encima. Tomáron todos las de Villadiego, ménos nuestro Manuel que con denuedo no ménos gentil que el del caballero de los Leones, le aguardó á pié firme, le atacó desesperadamente y le mató á sablazos.

Mas, para seguir su camino, estaban harto mohinas y derrengadas sus cabalgaduras. El vencedor del mastin, fingiéndose comandante de uno de esos piquetes de soldados gauchos que entónces y ahora son el terror de propietarios, obligó á un estanciero á que le entregase caballos escogidos por él con la destreza de un viejo ganadero de esos pagos.

Bien montados yá, se dirijen al arroyo de Santa Lucia que atraviesan nadando, y tenían derecho á enjugarse en la otra márgen, cuando les empieza á llover, lo que solo habria sido una segunda é insignificante ablucion, si el aguacero no se hubiese convertido en borrasca deshecha. Pero, como toda fatiga tiene fin y remate, descubrieron al anochecer un rancho que les dió esperanza de un albergue. En efecto, no les faltó allí lumbre, mate, un asado y unas mantas parecidas á las de los arrieros que mantearon á Sancho. Al dia

siguiente, y ya era tiempo, los peregrinos entraron alegres en Montevideo, donde fueron recibidos con los brazos abiertos.

Si nos hemos detenido en estos pormenores, es no solo porque hacen resaltar el ánimo gallardo del protagonista, sino porque diseñan la fisonomía de una región que ha prestado extraño asunto á la pintura y al romance.

III

Llevada á cabo esa excursión, se realizó al postergado viaje á Chile, donde se sentían síntomas de próximos sacudimientos.

Allí contribuyó nuestro Porteño á la instalación del primer gobierno pátrio á cuyo frente fué colocado primeramente el Conde de la Conquista, Chileno de origen y sujeto de chapa.

Por aquellos tiempos acudieron á Chile algunos Argentinos que se asociaron mas ó ménos á los proyectos para realizar una mudanza del viejo régimen en aquel Reino. Todos ellos se distinguieron por la vivacidad de sus opiniones y por la felicidad con que escaparon de mil riesgos.

Recordamos al Doctor Don Bernardo Velez; á Don Gregorio Gomez, emisario secreto de los patriotas del Plata; á Alvarez Jonte, comisionado de la junta gubernativa; al Doctor Bernardo Vera, y á Dorrego que se estrechó con algunos de estos heraldos de la libertad de ese país. Este último desempeñó además la comisión penosa de reunir reclutas, trasladando la ma-

yor parte de ellos á Mendoza sin reparar ni en la cordillera, ni en los gastos de tal expedicion. Tuvo que tomar parte activa para sofocar en Santiago una asonada de gente armada que turbó el sosiego de aquel vecindario y alarmó seriamente á la autoridad superior.

Los despachos oficiales del agente público de Buenos Aires señalaron con el mayor encomio estos esfuerzos, que han merecido mencion especial de los historiadores chilenos.

IV

El año de 1811, de vuelta al Rio de la Plata, con un cuerpo de voluntarios equipado y transportado á sus expensas, encontró Dorrego la nave del Estado lanzada en alta mar, pero con pilotos diestros para conducirla.

Se habia apoderado de la juventud un entusiasmo desconocido, y la carrera de las armas era para ella un torneo verdaderamente seductor.

El recién llegado fué destinado al ejército que debia operar sobre el Alto Perú, y proteger nuestras provincias contra el que reunia el General Goyeneche con el intento de ocupar la provincia de Salta, despues de nuestra derrota en el Desagüadero. Ella coincidió con la insurreccion de Cochabamba que, subyugada primeramente en Sipesipe, habia tornado á levantarse para hacer la guerra desde sus pintorescos valles y desde sus ásperas alturas. Era la Suiza de Guillermo Tell.

Nuestro reducido ejército estaba mandado por Pueyrredon, y su vanguardia por el Coronel Diaz Velez. Habíamos tomado la ofensiva sobre las avanzadas enemigas. Su Jefe de vanguardia, retirándose sobre Tupiza, hizo alto en la margen del Rio de Suipacha. El Jefe Argentino de vanguardia ocupó la orilla opuesta en la quebrada llamada «Nazareno». La súbita creciente del Suipacha desbarató su plan, y despues de un choque desgraciado, se retiró á Humahuaca, distante á retaguardia 45 leguas. Dorrego fué herido de un balazo en la garganta en ese encuentro.

Belgrano sucedió en el mando á Pueyrredon, y llegó despues de este suceso. Estableció su cuartel general en Jujuy, y su primer objeto fué salvar, si era posible, á Cochabamba. No tuvo tiempo ni medios para ello: así que no tardó aquella en ser vencida, apesar del heroismo de sus naturales y de sus mujeres, que rivalizaron con las de Numancia.

Tan crítica situacion pone mas en relieve la importancia de las batallas de Tucuman y Salta, en los años 12 y 13, debidas principalmente á la magnanimidad de Belgrano, comparado justamente con los varones de Plutarco.

En estas jornadas brilló Dorrego aun resentido en su salud. Mandaba la reserva en la primera de ellas. Su participacion en la de Salta le colocó en alternativas superadas por su audacia y su golpe de vista. Allí se precipitó con parte de su batallon sobre la izquierda de los Españoles, pero fué rechazado. Cargando entónces á caballo, se vió á pique de ser com-

pletamente envuelto, pero auxiliado á tiempo, recobró el terreno perdido. El ataque fué llevado con tal vigor, que hizo ceder aquella ala del enemigo, forzándole á replegarse á la ciudad.

Perolas ventajas de esos dos grandes combates no termináron de todo punto nuestra empresa. Violada la capitulacion generosa á que se sujetó el general Tristan, y aprovechando este Jefe de las faltas cometidas por Belgrano, reunió elementos nuevos para avanzar sobre la inmensa línea que yá contemplábamos asegurada. El desbande y retirada de nuestras fuerzas en Ayouma y Vilcapugio pusieron en problema la libertad del país, despues de los trofeos y de los progresos alcanzados.

Dorrego no se encontró en esos aciagos combates al frente de su batallon de cazadores. Su ausencia fué lamentada, y aun se atribuyó á ella el contraste de Vilcapugio. Muy pronto fué llamado al cuartel general.

Lo que habia motivado su separacion era el destierro sufrido por sus infracciones de la disciplina rígida establecida en el ejército, y aun por desacato al General.

A igual pena se sometió cuando el general San Martin fué á encargarse del ejército para reorganizarlo. El proceder de un oficial que desconoce ese lazo de la subordinacion, no admite ser atenuado, si se tienen presentes las circunstancias solemnes de la Patria y el mérito preclaro de ámbos generales.

Llamado, como hemos dicho, se le confió el mando

de una fuerte columna de caballería con que disputó el terreno al enemigo triunfante, que á marchas forzadas avanzaba sobre la poblacion de Salta.

Una de las ventajas adquiridas por el Coronel en esta ruda campaña, fué la de conocer las costumbres de los pueblos y los accidentes geográficos de la vasta zona que recorrió en aquellos años. Ese estudio le fué útil mas tarde, cuando tuvo que transmitir datos exactos al Congreso del año 26 sobre los sucesos que habia presenciado ó sobre los recursos de nuestras Provincias.

Cuando pudo regresar á Buenos Aires, recibió órden de incorporarse al ejército de operaciones en la Banda Oriental.

El general Alvear triunfó de los Españoles, y rindió esa plaza en 1814, despues de un largo asedio sostenido por la escuadrilla nacional que á su vez dominó las aguas del Rio de la Plata.

Pero estos resultados se amenguaban con el levantamiento del Coronel Oriental José Artigas. Él proclamaba la independendia, pero rompía el vínculo originario de aquella provincia con la nacion de que formaba parte.

Era esta una complicacion interior que alarmaba al Gobierno central en presencia de sus enemigos exteriores. El mal se agravaba por la índole de Artigas. Su ferocidad era mayor talvez que su ambicion. No conocia otra política que la del terror; y la sangre tenia tanto precio para él como el 'agua de los arroyos en que bebía su caballo. La ordenanza única para el

gauchaje que capitaneaba era el capricho de este defensor de los hijos de Oriente, como se titulaba en las proclamas que eran la expresion última de su diplomacia selvática.

Alvear no pudo continuar una campaña en regla para sujetar el vandalismo. Encomendó la pacificacion del territorio del Uruguay á Soler, á Dorrego y á otros oficiales activos. Pero no tuviéron el éxito esperado. Aunque su base principal era la misma plaza, fuéron obligados á desalojarla. El predominio de Artigas y de sus tenientes fué el resultado, no solo de sus golpes de mano, sino de su perfecto conocimiento de la topografia.

Los argentinos que hemos nombrado no pudieron atajar allí la anarquía que debilitó el Estado, fraccionando sus elementos bélicos. Tal situacion favorecia entretanto á la Corte Portuguesa transportada al Janeiro, allanando la anexion territorial codiciada por ella.

Pero esos sucesos estan fuera del límite de esta narracion, cuyo principal objeto es indicar los trabajos que cupiéron á Dorrego en aquel año.

V

El Congreso reunido en Tucuman nombró Supremo Director de las Provincias Unidas al general Pueyrredon, á quien tocó presidir hechos históricos que se ligáron á la revolucion de todo el continente.

Mientras que llegaba el momento de las victorias que debian libertar á Chile del dominio español, y

llevar mas tarde nuestro pabellon hasta el solio de los vireyes de Lima, el Directorio luchaba desde su instalacion con todos los obstáculos de una organizacion naciente. Pendia sobre él la acusacion de haber promovido ante la Côte Brasileira y ante algunas potencias europeas el plan de coronar á un príncipe extranjero, despues de disipado el sueño de la dinastía de los Incas.

Dorrego se afilió entre los francos adversarios de la autoridad que habia cobijado tamaños desaciertos. Atacaba tambien la oligarquía sostituida al coloniaje antiguo. La prensa fué el estadio en que se presentó armado de una dialéctica nerviosa y de dardos punzantes contra los magnates de la administracion. Dirijió ó colaboró en un periódico llamado «La Crónica,» donde aparecieron las elucubraciones de otros escritores acerbos.

El Director no fué indiferente á la invectiva. Llamó al periodista para proponerle su incorporacion al ejército que organizaba San Martin en Cuyo, y al cual acudian, como á una romántica cruzada, todos los amantes de la gloria.

Nuestro Coronel, á pesar de la oportuna insinuacion del Director, rehusó categóricamente sus ofertas. Tal vez fué esta repulsa una de sus faltas mas graves. ¿Quien sabe que destinos mas venturosos se habrian reservado á un jóven valeroso en esa liza?

«La Crónica» se mantuvo agresiva. Tal fué la causa ó pretexto de la expatriacion de su redactor, con la cláusula de perpetua.

En consecuencia, fué embarcado en un buque que zarpó para el mar Caribe. No pudo prescindir del temor de ser arrojado á Cuba, donde un insurgente no debia esperar consideracion de ningun género, ó ser abandonado en Haiti. Los negros Cristoyal y Petion, el primero con el título de Rey, y el otro con el de Presidente, se disputaban la dominacion de aquel suelo. No sabemos positivamente si se desembarcó al desterrado en esa playa tropical, ó si en ella padeció prision. Pero estuvo en la Isla de los Pinos, una de las Antillas Españolas, donde fué recogido por uno de sus pobres habitantes. Desde allí se transportó á los Estados Unidos; mas, para que estos trabajos tuviesen analogía con los de Pérsiles contados en su Historia Setentrional, nuestro malhadado peregrino tomó pasaje sin saberlo en una embarcacion de piratas. No tardó este bajel en ser perseguido por un crucero inglés, que le dió caza en aquellos parajes.

La escena que resultó de la captura es digna de la pluma de Cooper. Se trató nada ménos que de ahorcar á los tripulantes. Pero el engañado pasajero logró interesar vivamente á un oficial de la goleta apresadora, de manera que aclaradas su procedencia y calidad, pudo arribar sano y salvo á los Estados Unidos.

Residió en Baltimore, pero hizo algunas otras excursiones y visitó Charleston, ciudad fuerte de la Carolina del Sud.

Otros amigos viniéron no mucho despues á participar de su destierro, y se concibe que no permanecieron ociosos. Desde su asilo lanzáron contestacio-

nes acres al mismo Pueyrredon. Dorrego no pudo dejar de dar cuenta de sus inauditos percances, publicando cartas que llamó apoloéticas y que hoy existen olvidadas.

No debe caer en un profundo olvido la suerte de algunos de esos compañeros de desgracia. El Coronel Valdenegro murió en un desafío; Pasos Kanki, Agrelo y algun otro, no obstante su constancia y sus altas aspiraciones, pasaron por todas las vicisitudes humanas, y de una posicion encumbrada á las privaciones materiales.

Se ha referido con repeticion un lance que daria pábulo á la supersticion de los horóscopos. Decíase que Dorrego consultó una mujer que pretendia adivinar lo futuro, y que ella le habia contestado estas palabras: «Vd. llegará en su país al primer pu esto, pero su fin será funesto.»

VI

Corria el año de 1820, famoso por la anarquía de los Argentinos. Se encuentra analogía con ella solamente en la guerra de Atenas y Esparta. Quizá los rasgos serian mas parecidos con las facciones de las Dos Rosas, ó con los disturbios de la Fronda.

Trazar aquellos fastos, seria enredarnos en la explicacion de problemas sociales que desafiarian la teoría y la práctica de los políticos mas especulativos. Un elemento indómito dominaba en las campañas y en las llanuras de esta vasta porcion del Nuevo Mun-

dó. Habian surgido especialmente en el litoral del Paraná y del Uruguay hombres atrevidos y astutos que explotaban las pasiones y las preocupaciones de una raza casi primitiva. Donde quiera que lavantaran su poncho, agrupaban á su alrededor numerosos ginetes, hijos del «Pampero.» Sectarios estos de un dogma que no comprendian, amaban las emociones de la lucha, y para lanzarse en esas polvaredas, abandonaban sin pena su rancho y su querida. Su riqueza era el caballo que habian domado; y su mayor placer una libertad fiera y agreste. Esa gente, pronta á darse de cuchilladas, ofrecia la mas rara mezcla de docilidad pueril y de altivez. Eran capaces de inmolarsé á la causa de uno de esos campeones que hubiesen logrado fascinarles por su asimilacion á estas costumbres.

Tales eran los soldados con que Estanislao Lopez, gobernador de Santa-Fé; Ramirez, dueño de Entre-Rios, Corrientes y Misiones, conflagraban todo el país á nombre de la Federacion ó de su engrandecimiento personal.

Los Porteños estaban de pié para rechazar sus incursiones. El temor de la poblacion crecia al divisar á sus mismas puertas las lanzas de los invasores. No se trataba de conquistadores sin piedad; pero el orgullo de los ciudadanos no se conformaba con que las legiones de Varo retrocediesen ante campesinos indisciplinados.

La Capital, despues de haber soportado el egoismo de una aristocracia intrigante, experimentó reacciones violentas en su seno. Sus autoridades locales llegá-

ron á ser impotentes para defender el órden y el Estado.

Don Manuel Sarratea se destaca en este vistoso panorama. Él hubiera sido perfecto palaciego, y aun ministro de un Rey absoluto. Sus gustos eran sibaríticos, pero se complacia en las alturas, aunque fuesen sacudidas por la tempestad. Le tocó gozar de ese ascendiente, merced á las veleidades populares. Luego que hubo entrado en ejercicio del poder, celebró un tratado que se ha llamado «del Pilar,» por el cual se creyó conjurado el riesgo de las depredaciones de nuestros colindantes. Este ciudadano, cediendo á las circunstancias ó á sus antipatías, promovió un proceso de alta traicion contra muchos de los miembros del partido Directorial, pero estas excitaciones no dieron otro fruto que el escándalo, y no contribuyéron á sostenerle en el sillón.

El bizarro General Soler recibe ó, arrebatada esta enredada herencia, y como los pactos del Pilar llegaron á caducar de hecho, atacó á los Santafecinos, pero fué derrotado por ellos en la Cañada de la Cruz. Entónces cedió el puesto á otro de los efímeros ídolos del dia.

Entretanto, Alvear á las puertas de la ciudad se liga con los mismos invasores para imponer su dictadura. Acepta tambien la alianza del general Chileno José Miguel Carrera, que proscrito en su patria, habia venido á mezclarse en las turbaciones argentinas. Carrera es un tipo en que contrastan luz y sombras. Hay algo de grandeza Dantesca en su figura, y es aun para la historia un enigma.

Aparece luego imponiendo al Ayuntamiento y á la poblacion, el Oriental Pagola, soldado de brios, pero de limitados alcances. No tuvo probablemente plan político que le fuese propio, pero encargado accidentalmente de la defensa de la plaza, tal vez la hubiera inundado de sangre, si sus ímpetus no hubiesen sido contenidos por los timoratos Cabildantes y por la persuasion de Dorrego.

Otras entidades secundarias respecto de las que acaban de señalarse, pasan por delante de nuestra vista sin lograr ciertamente fascinarla. Tales son Lamadrid y Quintana que estaban precedidos de la fama de una bizarría un tanto excéntrica en lides contra el poderío español.

El jefe que descuella en este cuadro es Dorrego,

El 4 de Julio se le nombró Gobernador interino. Reunió ó mas bien improvisó elementos vigorosos contra el Gobernador de Santa-Fé; confió al General Martin Rodriguez el mando de las milicias de campaña, y á Rondeau la organizacion de fuerzas en el Norte que se combinarían con las de la capital sitiada á la sazón. Lopez, Carrera y Alvear hostilizaban activamente por diferentes puntos.

Las fuerzas federales, como se llamaba á las de Santa-Fé, renunciáron por entónces á su plan. El 13 el Gobernador Porteño envió cerca de Lopez, que se retiraba, una comision para proponerle, no solo el desalojo de todo el territorio, sino el acuerdo para la reunion del Congreso de las Provincias Unidas. Otra

condicion era la de que abandonase á Alvear, considerado entónces como enemigo público.

No obstante las vacilaciones de Lopez ante esta incitativa, Dorrego invitó á los gobiernos provinciales á promover la libre eleccion de diputados al Congreso.

Rota la negociacion que hemos indicado, el Gobernador salió el 18 con la division que formaba la base del ejército. Uno de sus oficiales rescata los prisioneros tomados por los federales en la Cañada de la Cruz, entre los cuales se encontraba el Coronel French, y se les reincorpora al servicio.

Entretanto, Alvear y Carrera se habian fortificado en San Nicolás de los Arroyos, punto que fué atacado por el Gobernador, á cuyas órdenes estuviéron en ese ataque, Rodriguez, Lamadrid, el mayor Angel Pacheco y otros valientes. La victoria del Gobierno fué completa; y ademas de quedar prisionera la titulada «Legion de Honor,» corriéron igual suerte los doce Representantes que habian elegido en Lujan Gobernador á Alvear; pues en pequeño se reproducia la usurpacion de la púrpura por la proclamacion de unos pocos, mientras el Cabildo, como si dijéramos el Senado Romano, habia saludado á un Augusto.

En consecuencia de su fracaso, Lopez se separó de sus aliados, y pidió una conferencia al vencedor. Ella se efectuó, y á pesar de su duracion desde las 10 de la mañana hasta ponerse el sol, no se consiguió arreglo alguno. Las tentativas en igual sentido por parte de los vencidos en San Nicolás tampoco diéron resultado, y el Gobernador pasó el Arroyo de Pavon.

Los sables y las lanzas, únicas armas usadas por los contendientes, decidieron el triunfo en favor de Buenos Aires. La «Gaceta,» poco parca en elogios, calificó á Dorrego de «jóven Temístocles.»

El Gobernador renovó con laudable moderacion, proposiciones de paz ó de un prolongado armisticio.

La base era que Carrera saliese del país. Lopez no dió contestacion categórica, exigiendo á su vez que el Gobernador repasase el arroyo. Este último resolvió entonces continuar las hostilidades, á pesar de la oposicion de algunos de sus principales tenientes.

La fortuna se le tornaba esquiva. Los caballos se destruian, y la desercion especialmente de las milicias del Sud de Buenos Aires debilitaba la division Porteña.

Internado el Gobernador en la Provincia que habia invadido, pero falto de movilidad, no pudo impedir la maniobra de Lopez que se corrió sobre el pueblo del Pergamino, en el Norte de la Provincia de Buenos Aires, como si tomase nuevamente la ofensiva sobre ella. El Gobernador retrocedió en proteccion de su territorio, y los beligerantes se encontraron el 2 de Setiembre en un punto llamado «el Gamonal,» donde fué batida la fuerza Porteña.

El Gobernador, replegándose á Areco hizo los mayores esfuerzos para que el enemigo no alcanzase la pingüe cosecha que se prometia nuevamente, y ordenó se le remitiesen algunos regimientos. Ni el Delegado Don Marcos Balcarce, ni el Cabildo, ni la mayoría de la ciudad, apoyaron estas requisiciones. La

opinion se inclinaba á la paz, aconsejada decididamente por Rodriguez y por Rosas, de quien pronto habláremos.

Bajo tales auspicios, se reunió la Legislatura en Setiembre. El antiguo partido oligárquico retoñaba en el arenal de estas discordias. Personas de viso, jefes de influjo y hasta los pardos y morenos del segundo tercio de Cívicos, se agitaban bajo el amago de las pretensiones de un círculo aristocrático, como se llamaba á los Directoriales.

La Representacion eligió á Rodriguez como Gobernador provisional. Esta eleccion fué precedida de acuartelamiento y de movimiento de batallones en proteccion del Fuerte, que era el palacio del Gobierno. Todo esto era necesario para sofocar la conjuracion Dorreguista, á cuyo frente se habia puesto el Coronel Pagola. Pero la asonada estalló. El 1°. de Octubre se oyó de repente por la noche el ruido de la fusilería, y la campana del Cabildo, tañido que anunciaba al pueblo el martirio de estas largas revoluciones. El punto de reunion de los sublevados fué la plaza de la Victoria, donde se trabó un combate encarnizado. Rodriguez defendía la fortaleza, centro de sus recursos. Pagola logró dominar la resistencia y la ciudad bajo el título de Comandante General de Armas y Jefe Político, viéndose forzado el reciente Gobernador á salir del Fuerte para mover la campaña. Buenos Aires quedaba entregado á la incertidumbre, ó mas bien al terror. Rodriguez se situó en Santa Ca-

talina, y reunió fuerzas engrosadas por los grupos desprendidos de la capital.

Dorrego, en cuyo obsequio habia estallado esa rebelion, no habia sido realmente consultado; pero, al fin el Cabildo, urgido por los amotinados, le escribió manifestándole que era urgente su marcha á la Ciudad para apoyarse en esa fuerza.

Seconvocó entretanto una reunion popular en la Iglesia de San Ignacio, en la que el Doctor Agrelo habló desde el púlpito como un energúmeno contra los que él llamaba monarquistas, partidarios de Puyrredon, de Alvear, y *Portugueses*. Llegó á decir que era necesario empaparse en su sangre. El orador hubo de ser muerto de un pistoletazo, pero gracias á Don Nicolás Anchorena se salvó.

Simultáneamente la plaza era teatro de un indescriptible alboroto y del ruido atronador de los tambores. Rodriguez habia llegado á Barracas con la fuerte columna del Comandante Rosas, y destacando guerrillas, se tiroteaban estas con los cantones de los suburbios. Pagola y Don Hilarion de la Quintana se concentraron en la plaza.

El dia 4 de Octubre, Rodriguez desde la plaza de la Residencia en donde habia penetrado, avisaba á la Sala de Representantes su aproximacion y su resolucion de defender el órden, invitándola á funcionar. Una comision de Cabildantes y de Diputados salió á su encuentro con el objeto de mediar entre él y sus opositores. El primero accedia á dejar á la Sala tal arreglo. En consecuencia, esta se reunió en el Mo-

nasterio de Capuchinas, y decidió ratificar la elección de Rodríguez, proclamar una amnistía y poner en libertad á los prisioneros de uno y otro bando.

Esta resolución fué comunicada al Cabildo y á los disidentes, quienes la rechazaron. Entretanto, volaba el tiempo, y el gobernador amagaba un ataque inmediato, como lo verificó entrando á balazos hasta llegar á San Francisco. La caballería de Rosas se abrió campo hasta la plaza de la Victoria. Los trofeos de esta lucha fuéron los muertos, los heridos y los prisioneros de una y otra parte. Fugaron Pagola y sus mas comprometidos parciales. Todo volvió á la calma, y llegó á decirse, al observarse la moderación de los vencedores, que parecían los vencidos. Dorrego, el 7 de Octubre, llegó á Lujan y escribió lo siguiente á la Junta de Representantes: «La fuerza de mi mando jamás propenderá sino al orden y tranquilidad de nuestra Provincia y al escarmiento de sus enemigos.»

Cruzábase con esta comunicacion otra de la Junta el mismo dia, ordenándole que suspendiese toda marcha, y obedeciese las órdenes del Gobierno.

No habia motivo real para el tono de estas intimaciones. Dorrego reconoció el dia 8 al General Rodríguez, y aun despachó un Comisionado para felicitarle.

A la comunicacion del Cabildo, en que se encomiaba esta conducta, Dorrego contestó entre otras cosas: «Destinados á conservar el honor y el decoro de la Provincia; ó moriremos en la lid, ó habrémos conseguido tan noble objeto.»

Si nos hemos detenido á contemplar este cuadro del año 1820 que solo se divisa entre nieblas, es porque rara vez se ha visto un foco igual de pasiones é intereses en pugna. Todos los fuegos de la discordia parecían reconcentrados en los hijos del Rio de la Plata. El choque del Unitarismo y del Federalismo dió sus peores frutos, sin que se decidiese el triunfo de ninguno de estos sistemas. Los defectos y calidades de la raza argentina se ofrecieron en alto relieve; la política y la guerra se modificaron con el colorido local que les prestaban los hábitos y la topografía. Las montoneras acaudilladas por soldados ignorantes vencieron frecuentemente á tropas regulares mandadas por oficiales distinguidos; y la diplomacia Porteña fué desconcertada por la astucia de paisanos cuya escuela habian sido las carreras de caballos, y el desórden de los campamentos.

Véanse tambien algunos ciudadanos cuya vida excitará un interés durable. Unos, como Alvear, debian dar á la nacion nuevos timbres; otros, como Carrera, marchaban presurosos á una pavorosa tragedia; miéntras que Rosas estaba destinado á una larga tiranía y á una larga existencia.

Justo es decir que en el año 20 la conducta de este último fué laudable. Supo imprimir á las milicias congregadas á su voz, una subordinacion desconocida ántes por ellas. Rodriguez y él fueron saludados como pacificadores. Los papeles de la época apuraron su arsenal retórico para encomiar á los que

reputaban como columnas del orden restaurado. No bastando la prosa, los vates templaron el laud. Fray Cayetano Rodriguez desde su celda dirigió estrofas populares entónces en loor, no solamente del Jefe de campaña, sino de sus soldados á quienes con singular pleonasma presenta vestidos de «carmin, púrpura y grana.»

El tiempo estaba encargado de disipar esas primeras ilusiones. Ese modesto miliciano que cautivó la confianza, y que cultivaba los campos, habia de esclavizar su patria y ocupar en ella el lugar que la pluma fulminante de Tácito reserva en sus Anales á los Césares.

Pero yá es tiempo de señalar un rasgo de Dorrego que vale mas que las descomunales batallas que hemos recordado.

La cabeza del Doctor Gregorio Tagle habia sido puesta á precio, cuando ardía la animadversion contra el círculo á que habia pertenecido. Se le atribuia ademas, haber aconsejado la persecucion del antiguo redactor de «La Crónica». Este último acepta sin embargo una interposicion amistosa para salvar al ex-Ministro oculto. Preparando un disfraz, se presenta de noche en su casa, y bajo su amparo, Tagle fuga á la Banda Oriental.

Afirmado el Gobernador Rodriguez, no se portó hidalgamente con su predecesor, que estuvo como confinado por él en un pueblo de campo, y despues en Mendoza.

Agotados los recursos de Dorrego, concibe, aso-

ciado con otros, el proyecto de ir á Bolivia á trabajar en las minas que desde la conquista habian sido la principal industria de aquel país. Los propósitos de esta explotacion fracasáron, aunque aparece que conservó en Atacama una mina que, segun su expresion, era de fierro descompuesto por los fuegos subterráneos.

Lo mejor que consiguió en esta empresa, fué la satisfaccion de estrechar las manos de Simon Bolivar, y de Antonio José de Sucre. Ambos se encontraban en Chuquisaca, despues de haber atravesado en triunfo un espacio de mas de mil leguas. Quedáron encantados del huésped argentino, que á su vez les contempló en medio de fiestas hermoseadas con las ofrendas de la naturaleza. La estrella de esos dos hijos de Colombia no habia llegado á su zenit. Junin esperaba al Libertador; y las palmas de Ayacucho aun no habian sido entretejidas para el mejor de sus amigos.

Volvió nuestro minero á Buenos Aires tan pobre como cuando partió, pero rico de memorias indelebles.

VII

Fué miembro de la Legistura en 1823, y solo daremos leve diseño de sus trabajos. Allí pidió en lenguaje severo esplicaciones á un Ministro sobre infracciones de la ley de reclutamiento, sosteniendo la causa de esos pobres milicianos obligados á

servir en los cuerpos de línea, lo cual calificó el orador como abuso injustificable.

Entrando en nuevas consideraciones, emitió una que merece atención: tal es la que de ninguna necesidad había de tropas veteranas para contener y escarmentar á los Indios

Su opinion se acentuó mas cuando, repeliendo los ataques de sus contendores, dijo que «mas bien queria cargar con la nota de imprudente, que el que se le considerase como constituido á ser apologista del Gobierno. Deseo vivir en un país donde el menor agravio hecho á la libertad de un ciudadano resienta á todos y á cada uno. Solo al varon constante y fuerte es dado reclamar de las violencias.»

En el proyectó de ley de milicias pasado á la Comision de este ramo y de que él era miembro, se pronunció en favor de los casados para ciertas excepciones, dando entre otras razones, la de que el país se resentía de falta de poblacion, y era necesario aumentarla, fomentando el matrimonio.

Se recomienda por sí mismo otro proyecto presentado por él en esta forma: «Acéptese la proteccion que el Cabildo Representante de Montevideo pide, y en consecuencia autorícese al Gobierno para proporcionarle los recursos necesarios á fin de que consiga la independenciam de dicha Plaza, haciéndose al mismo tiempo las protestas y reclamaciones convenientes á los Generales del Brasil y de Portugal.»

Esta mocion era de urgencia, y la fundó extensa-

mente en los hechos y en la situación de la Provincia Oriental, cuya campaña estaba dominada por el General Lecor, Baron de la Laguna. Se refirió á la negociación pendiente entre el Gobierno de Buenos Aires y el del Brasil, definiendo con exactitud las posiciones respectivas. Aconsejó en consecuencia una protesta enérgica al Baron para que, pendiente la cuestión, no avanzase á la plaza de Montevideo, pues si se aspiraba á la union de la Banda Oriental con Buenos Aires, era necesario protegerla.

La República del Uruguay tuvo entonces en el Diputado un celoso defensor, cuya actitud anunciaba la política que desplegó despues cuando contribuyó á su independencia, y cuando fué el primero en saludarla, como Representante de la soberanía Argentina.

Largo seria detallar otras ideas iniciadas ó apoyadas por él mismo en las sesiones legislativas en que figuró. Lo mencionado basta á señalar sus tendencias esencialmente liberales, yá en favor de individuos, yá en provecho de los pueblos.

VIII

El Congreso del año 1826 abrió ancho campo á su genial actividad. En él tenian asiento hombres de verdadera ilustracion.

El Canónigo Don Valentin Gomez, el Salteño Gorriti, el Doctor Castro y otros formaban una falange de oradores que llevaba consigo un caudal de ciencia adquirida en meditaciones solitarias ó en el torbellino de los negocios públicos.

Rara vez estuvo con ellos de acuerdo Dorrego, que representaba la Provincia de Santiago del Estero. El oponía á los silogismos su buen sentido práctico; é iba directamente á desatar el nudo de las dificultades. Aquella asamblea profundizó ó tocó los temas mas variados. El de la navegacion del Bermejo, que nuestro Congreso deseaba se abriese al comercio, le sugirió observaciones tan juiciosas como las que adujo al tratarse de materias económicas muy poco familiares entónces á nuestros estadistas.

Se opuso á la autorizacion pedida para que el gobierno nacional alterase la organizacion del ejército, trabando una picante controversia con el Ministro de Guerra y Marina.

Dijo que «esa autorizacion haria del Gobierno un coloso, y que el momento en que iba á emprenderse la guerra con el Brasil era el ménos adecuado para ello. Iba, segun él, á introducirse un caos que desmoralizaria la milicia.» «Mas difícil es,» añadió, «hacer que un soldado aprenda de nuevo una cosa, que instruir á un recluta.» Indicó que no debian crearse cuerpos nuevos hasta que los antiguos estuviesen completos. Aconsejó la adopcion de la táctica de San Juan para tropas ligeras. Al hablar del Estado mayor General, le llamó el «alma del Ejército» y su «base.»

El resultado de estas demostraciones fué el de modificar el pensamiento del ministerio, desempeñado entonces por un militar lleno de estudios.

El Diputado por Santiago combatió un proyecto de muy distinto género: era nada ménos que el de la cons-

truccion de un canal que desde los Andes facilitase por agua hasta la capital el transporte de los productos de las Provincias del tránsito. La cosa, aunque de grandiosa apariencia, era simplemente impracticable, no tanto por los obstáculos de distancias enormes en un país despoblado, sino por la crónica pobreza del erario nacional.

Presentóse otro punto que afectaba la ley pública, violada en la persona de un Oriental Don Lucas José de Obes, que habia sido preso por orden del gobierno argentino en razon de haberse plegado á la dominacion brasilera en su país. El Ministerio sostenia el derecho de castigarse hasta con la muerte actos que calificaba de traicion cuando las armas iban á esgrimirse contra el Imperio. El Diputado por Santiago, defendiendo á Obes y las garantías individuales, dijo: «No he oído decir hasta ahora que el derecho de la guerra sea el derecho del asesinato. Si existe algun caso en la sociedad en que los ciudadanos puedan ser castigados sin ser oídos ni juzgados, seria mejor vivir en el estado salvaje, porque entónces se repeleria la fuerza con la fuerza.»

Pero el debate mas importante del Congreso de las Provincias Unidas fué el relativo á la Constitucion. El proyecto establecia la forma unitaria del gobierno de la República.

El Diputado por Santiago, cuyo influjo entre sus colegas y en el pueblo habia tomado creces, definió con claridad su posicion ante esa cuestion fundamental.

Insistió en la necesidad de que estuviese completo

el Cuerpo Constituyente, diciendo á este propósito: «Cada Diputado es un rayo de luz que aparece en el Congreso. Cada pronunciamiento de una misma Provincia es un torrente de luz que se presenta en él.»— Cuando se entró de lleno al artículo que establecía la concentracion unitaria, hizo esta formal declaracion: «Opino por el sistema Federal, porque creo que es el que quieren los pueblos, porque creo que es el que únicamente aceptarán. Ojalá me equivocase; pues en ese caso el error seria de un hombre cuya escasez de conocimientos jamás ha negado, y cuya carrera tampoco le pone en el caso de conocerlo á fondo. El no ha seguido la carrera de un literato, sino de un miserable soldado, que cuando se trató de la reforma, fué el primero que quedó separado.»

Los sostenedores del proyecto querian llevar á tambor batiente una discusion en que tanto importaba ganar tiempo. A tal respecto nuestro Diputado les increpó con naturalidad de esta manera:

«Sí, Señor, se quiere llevar la discusion á la brevedad posible, como entierro de pobre que es reducido, y desea acabarlo cuanto ántes. En adelante, yo me fijaré solo en dos ó tres puntos, puesto que se desea tanto la brevedad posible; y que esos hombres que parece que todo lo saben exigen que se abrevie la discusion de la Constitucion. Abréviase cuanto se quiera, acábese mañana si se desea: hagan ellos la felicidad del país del modo que les parezca. Ojalá lo hagan y no yerren, porque esto ha de traer consecuencias muy fatales; Tampoco guardaré silencio, porque nadie se-

rá capaz de imponerme ni arredrarme: cuando se trata de amagarme, no conozco la elasticidad de mi alma; la razon y el convencimiento obran en mí; amenazas, jamás. Pero, yo me distraigo.»

Hace el cuadro de las Provincias, de sus recursos, de sus aspiraciones, previendo el resultado estéril y efimero de una organizacion rechazada por la mayoría.

Estas demostraciones que cautivaban por su sinceridad y que eran objeto de la viva preocupacion de las masas, presagiaban la disolucion que iba á encontrarse al fin de estos trabajos.

La capital y las provincias formaban dos grandes fuerzas que, en el órden político, eran como la accion centrípeta y centrífuga en la naturaleza.

Hechos anárquicos lo revelaban en diversas partes del territorio y en las declaraciones terminantes de algunos gobernadores. Así la Presidencia de Don Bernardino Rivadavia habia venido á ser un simulacro deleznable ante estas resistencias combinadas.

La guerra del Brasil agotaba la sustancia misma del Estado. Los triunfos eran muy costosos, y se acercaba el momento de un naufragio, si cambiaba el viento de nuestra fortuna sobre la tierra y en las olas.

El Congreso, dividido y vacilante, no podia dominar los pueblos que afectaba representar. En medio de estas dificultades dentro y fuera, Inglaterra habia ofrecido su mediacion en la guerra

internacional. Ella fué aceptada como una esperanza.

Uno de los miembros del Ejecutivo fué enviado al Janeiro como negociador. Era Don Manuel José Garcia, conoedor de la Corte ante la cual iba á representar las Provincias Unidas.

Garcia ajustó un tratado que dejaba la Provincia Oriental en poder del Brasil. Este Ministro habia podido medir mas que ninguno el abismo á que nos empujaba la lucha, y temblaba ante la bancarrota.

Él no creia tampoco que la Provincia Cisplatina tenia medios para aprovechar la independenciam. La escuela de Artigas no habia sido adecuada para educar las masas, que aspiraban á la soberanía. Estaba persuadido de que un Estado pequeño, colocado entre dos vecinos poderosos, seria la manzana de la discordia entre ámbos, y presa del mas fuerte en el caso de colision futura.

Era el momento en que Don Pedro I se disponia á imprimir enérgico impulso á las operaciones retardadas, y su Imperio contaba con oro y con bajeles. Aquel Soberano hizo condicion indispensable de la paz la conservacion de su poder sobre la Provincia disputada. Su sueño dorado era extender su pabellon desde el Amazonas al Plata.

El Plenipotenciario Argentino aceptó la estipulacion exigida; pero al presentarla á su Gobierno, fué rechazada «in limine.»

Tal repulsa colocó á Rivadavia en la necesidad

de resignar. Su caída era el triunfo de la oposición en Buenos Aires, y en toda la República.

La presidencia á que fué elevado el Doctor Don Vicente Lopez, tuvo la calidad de provisoria hasta la reunion de una Convencion Nacional. Esa autoridad era realmente la transicion para llegar á instituciones y hombres nuevos. Lopez nombró Ministro de Relaciones Exteriores á Dorrego, que rehusó este cargo.

Convocados por el primer Magistrado los Representantes de la Provincia de Buenos Aires para el 3 de Agosto de 1827, nombráron el dia 12 á Dorrego Gobernador y Capitan General. El Presidente de la República, al ponerle en posesion de este destino, le dirigió expresivos elogios que parecieron justos. El electo contestó al tópic principal de aquella arenga, que todo cuanto estuviese al alcance del Gobierno Provincial seria facilitado al Presidente para terminar con honor la mas justa de las guerras. Aludia á la del Brasil.

Escogió Ministros prestigiosos, como Rojas, Moreno y Balcarce.

Las cosas marcháron desde ese instante con velocidad.

La Junta de Representantes dictó el 27 del mismo mes una ley por la cual el gobierno de Buenos Aires quedaba encargado de todo lo concerniente á la guerra nacional, y Relaciones Exteriores hasta la resolucion de las Provincias.

Así casi de golpe la autoridad suprema de las

Provincias Unidas vino á concentrarse en manos del gobernador de una de ellas.

Era necesaria en consecuencia una reorganizacion general, y no se hicieron esperar los decretos. Mas su pensamiento dominante, en cuanto á la política interior, se revela con las siguientes palabras dirigidas á la Legislatura un mes despues de su advenimiento.

«La concentracion y desunion se han hecho igualmente impracticables. Cada Gobierno, confiado en su propia fuerza, y gozando por consiguiente mayor libertad de accion, ha adquirido mas energía para todos aquellos fines que competen á su instituto.»

El mensaje del gobierno á la séptima Legislatura en 1828 diseña los trabajos de un año.

Los Diputados nombrados para apaciguar los disturbios del Interior, habian logrado su objeto.

Los pueblos habian elegido sus Representantes para una Convencion Nacional en Santa Fé.

Respecto de nuestra posicion militar, decia el Documento, que habia mejorado, pues que, cuando parecia que la guerra se habia hecho estacionaria, y que los dos beligerantes ocupando un frente igual con sus ejércitos, no podian ir mas adelante, un Jefe denodado con un puñado de Argentinos habia recuperado los antiguos pueblos de las Misiones Orientales, y allí se habian engrosado sus filas.

Mejoras materiales se habian realizado ó proyectado en medio de tales emergencias. Se habia ocu-

pado la posición de Bahía Blanca, que antes estaba en poder de los salvajes; se iba á explorar la navegación del Colorado, y se ordenaba reconocer el terreno y trazar el plan de una ciudad que se denominaría «Nuevo Buenos Aires.»

Se concertaba un plan mas extenso para asegurar nuestra riqueza, y la inmensa línea de nuestras fronteras. Era una expedición combinada con el Gobierno de Chile, cuyas fuerzas penetrarían simultáneamente con las nuestras hasta los últimos aduanes de los Indios.

Era esta la base de un plantel de inmigración; y cuatro mil familias extranjeras iban á transportarse á nuestro país.

Los gastos de la guerra habían sido reducidos al minimum, hasta que el erario apenas pagaba la tercera parte de los que podrían calcularse.

Para apreciar todo el alcance, y el mérito de esa reducción, recuérdese la situación del ejército descrita por su Jefe de Estado Mayor en los mismos días en que Dorrego se recibía del Gobierno.

Decía aquel Jefe al General Lavalleja: «Los caballos están inservibles: no hay vestuarios. La caja del ejército no tiene un peso. La desnudez de los oficiales y tropa es cada día mas vergonzosa y horrible. Nada hay con que alimentar y confortar los enfermos mas que carne.»

Vemos en la serie de las medidas administrativas, muchas que muestran un tino provechoso, y otras un sentimiento patriótico. Se concedió indulto á los

desertores, para que pudiesen volver á sus banderas, se regularizó el curso y se ordenó la liquidacion de los reclamos que se presentasen contra los armadores de corsarios por actos ilegales cometidos durante su crucero.

Los establecimientos de educacion y de caridad fuéron atendidos. Se nombró una comision numerosa y altamente colocada para la vigilancia y la administracion de hospitales y cárceles. Se establecieron premios para los alumnos de la Universidad, y se dotaron en ella nuevas cátedras.

Se consagraron monumentos sepulcrales á beneméritos patriotas.

Pero no es lícito ceñirse únicamente á las palabras oficiales sobre la marcha del Estado.

Reforzado el ejército contra el Brasil, y vueltos á sus cuadros cerca de cien oficiales que le habian abandonado, la primera idea del Jefe del Ejecutivo fué adoptar para con el Brasil medidas imponentes y extremas. Promover la insurreccion de la Provincia del Rio Grande del Sur, proclamar la libertad de los esclavos, apoderarse de innumerables ganados en 100 leguas de campos fronterizos, multiplicar los corsarios, y hacer una propaganda republicana eran los objetos de este vasto plan contra la estabilidad del Imperio. Dorrego era enemigo de las monarquías; y la guerra le presentaba la ocasion, y á su juicio, el derecho de desplegar la bandera revolucionaria con la cuál creia servir al gran dogma de América.

Estos designios fuéron penetrados por Lord Ponson-

by, Representante de la Gran Bretaña, que se opuso á ellos. Hizo valer con razon los peligros sociales que acarrearía un trastorno tan fundamental para el Brasil. La emancipacion de los negros podia renovar los desastres de la Isla de Santo Domingo. Dijo que Europa no consentiria en este Continente el predominio de la raza africana. Recordó que Inglaterra no habia protegido la traslacion de la familia de Braganza á sus posesiones ultramarinas, para abandonarla; y que todo proyecto subversivo del trono Imperial erigido por su primogénito seria mirado con odiosidad por las potencias europeas. Además prometió que el gabinete británico redoblaría sus esfuerzos por que la paz reclamada por los neutrales fuese honrosa para los dos beligerantes

Estas declaraciones, apoyadas por la prudencia del Ministerio, moderaron los impulsos del Jefe del Estado.

Él envió sus Plenipotenciarios para reabrir la negociacion bajo auspicios mas favorables, y la Convencion Preliminar de 27 de Agosto se firmó casi en el mismo instante en que las salvas repetidas por el eco de las montañas saludaban la llegada del Lord á la bahía del Janeiro.

Una nacion surgia de ese pacto: los votos de los Orientales estaban cumplidos; el honor de la República quedó sellado por el Imperio mismo: las conveniencias del presente y del porvenir se consultaron en la creacion del Estado Uruguayo. Todos confiaron en

la prosperidad anunciada á los pueblos cuando cierran el templo de Jano.

El país celebró con fiestas este desenlace deseado. Rivadavia envió sus felicitaciones á uno de los negociadores argentinos, y la Junta de Representantes votó para el Gobernador una importante donacion.

Pero no todos los próceres del partido unitario participáron de estos sentimientos. Empezó á madurar la conjuración contra el pacificador, á quien no se perdonaba haber alcanzado lo que á otros habia sido imposible lograr.

El ejército nacional recibió orden de regresar inmediatamente despues de la ratificación del tratado. El mismo Gobernador, acompañado del Comisario Fernandez, habia inspeccionado los cuarteles destinados á su alojamiento, y provisto á sus comodidades.

La primera division volvió, y no alcanzaba á dos mil hombres.

Sus jefes estaban en el meditado complot. La noche misma del 30 de Noviembre, algunos diéron bailes en sus casas á fin de tener reunidos á los oficiales, que salieron de ellos para ir á formar en sus respectivas columnas. A las 4 de la mañana fué tomado el parque de artilleria, y la aurora del 1º. de Diciembre se reflejó en las armas de los regimientos y batallones tendidos en línea en la plaza de la Victoria, con sus banderas desplegadas.

El Gobernador habia tenido avisos de que se tramaba un movimiento, y aun se le indicáron precauciones urgentes. El Coronel Vidal, entre otros, le habia pro-

puesto citar los Cívicos de que era Comandante. Pero una confianza funesta le cegaba.

El motin estallaba el mismo dia en que sus fautores estaban invitados á un banquete en la fortaleza.

Avisado el Gobernador de lo que pasaba, imparte órdenes que no son obedecidas por los cuerpos, y se encierra con sus ministros y su escolta en el Fuerte. Nada podia hacerse contra el ejército formado á su frente. Decide dirijirse á la campaña, y sale á ella por la puerta de la Fortaleza que da al Rio. Antes deja intrucciones á sus Ministros, y se despide de su aflijida familia.

El General Lavalle, jefe de la revolucion, no habia perdido un minuto, y todo se habia calculado. Se convoca á los ciudadanos á una eleccion popular por la tarde en la capilla de San Roque. Este simulacro dió por resultado la elevacion del General al gobierno de la Provincia. La poblacion amedrentada cerró muy temprano sus puertas.

Dorrego habia ido á levantar la campaña. Lavalle salió tambien con toda la caballeria de la division primera, nombrando un Delegado que fué el General Brown.

El dia 2 escribe Dorrego desde Cañuelas al Presidente de la Junta de Representantes y al gobernador de Santa-Fé, dando cuenta de los sucesos del 1º, y de su determinacion de defender la autoridad que le habian conferido los pueblos.

Reune el paisanaje, y busca la incorporacion con el coronel Rosas. El dia 9 se encuentran los opues-

tos bandos, y las milicias leales, pero mal armadas ceden á la superioridad del número y de la disciplina de los veteranos.

Entónces el gobernador derrocado se dirigió al Norte para ponerse al frente de una division allí situada á las órdenes del Coronel Pacheco. Llegó en su retirada á un establecimiento de su hermano don Luis, en cuya compañía partió á ese campamento distante dos leguas, en la tarde del 10. Pero, al llegar, se subleva el Comandante Bernardino Escribano, y prende al Gobernador.

El traidor le remite al campamento de Lavalle en Navarro hasta donde le acompañó su hermano. Este recogió sus confidencias íntimas y aun su testamento político. Previendo el ilustre prisionero que sus dias estaban contados, encargó á don Luis que escribiese á Lord Ponsonby, al agente Inglés Mr. Parish y á Mr. Forbes, Representante de los Estados Unidos, para pedirles en su nombre que «pudiesen á cubierto en cuanto pudiesen el crédito de la República y de Buenos Aires de la mancha que iba á echarse en su historia por los que derramarían su sangre.»

Entretanto, la interposicion de los agentes Inglés, Francés y Americano en favor del Coronel fué presentada ante el Delegado que escribió inmediatamente á Lavalle en tal sentido. Todo fué inútil ante una resolucion irrevocable tomada de antemano.

El almirante Brown publicó posteriormente lo siguiente: Que recibió carta de puño de Dorrego, inte-

resándole para que hiciera valer su posición á fin de que se le permitiese ir á los Estados-Unidos, dando fianzas de que su permanencia allí sería por el término que se le designase. «Esta proposición, «dice Brown,» estaba tan conforme con sus sentimientos que, de acuerdo con el General Alvarez, firmó una carta redactada por este en que confidencialmente interesaba al General Lavalle para que accediese á esta solicitud, exigiendo al Coronel Dorrego una fianza por doscientos ó trescientos mil pesos para dejarle embarcar por el puerto de la Ensenada.»

Llegado el preso al campamento de Navarro, poblito situado al Sud Oeste de la Capital á veinte y cinco leguas, su vencedor no le oye ni siquiera le ve; no se instaura proceso alguno, ni se reúne Consejo. Lavalle le transmite su orden de prepararse á ser pasado por las armas dentro de una hora. Era el día 13 de Diciembre.

Al recibir la intimación, el sentenciado le mandó contestar lo siguiente: «Que si la Provincia no tenía leyes. . . pero no se le diga esto: digásele solamente que el Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, el encargado de los Negocios Generales de la República, queda enterado de la orden del Señor General.»

Manifestó el deseo de obtener los postreros auxilios de la fé católica—El respetable cura Castañer acudió á este clamor; pero necesitó acaso recibir consuelos, mas que darlos. No hubo ningun otro que mezclase una gota de miel en la copa de la amargura.

Los minutos volaban; y habiendo solicitado escribir, dirigió en unas hojas de papel difícilmente halladas su despedida eterna á los seres que mas amaba, y á todos sus enemigos el perdon. Escribió tambien apuntes testamentarios que revelan tanta entereza como recititud, y una carta al gobernador de Santa Fé, dictada por un espíritu de paz.

Luego pidió á La Madrid, compadre suyo, le acompañase al lugar de la ejecucion. Este contestó: «No tendré valor para presenciar la muerte de un amigo.» Quiso á lo menos cambiar de chaqueta con él. Hecho esto, y despues de entregarle otras prendas de su uso, como memoria á sus dos hijas que iban á ser huérfanas, dijo: «Ya estoy pronto.» Se le instó subiese á un carruage, porque habia que andar alguna distancia, á lo cual replicó: «No: mis piernas están tan firmes como mi corazon.»

Pónese en marcha: ninguna insignia decoraba su traje. Una corbata negra ocultaba las gloriosas y antiguas cicatrices de su cuello.

Al llegar al cuadro formado en medio de todo el ejército, saluda cortesmente al oficial de la escolta que le acompañaba. Se postra para recibir del ministro de Dios su última absolucion. En seguida, levantándose, pide un abrazo al oficial encargado de mandar el fuego, y le recomienda transmitir en su nombre esta señal de cariño á todos sus compañeros.

Se vendan sus ojos animados por la llama de un sentimiento sublime; y en el instante mismo en que se escondia el sol de aquella tarde, resonó la horrible de-

tonacion de las armas que arrancáron en su verdor la vida de Manuel Dorrego. El cadáver del Jefe supremo de la República permaneció arrojado por algunas horas, hasta que se le dió humilde sepultura, sin féretro, cerca de la capilla del pueblito.

La noticia cayó en Buenos Aires como un rayo. No se veia en todos los semblantes sino la consternacion ó el temor.

Unas modestas exequias anunciadas á los pocos dias en San Francisco, atrajéron un concurso extraordinario en que todos pagáron el tributo de la mas viva sensibilidad

IX

Un año despues, el pueblo entero asistia durante tres dias á los funerales decretados por el gobierno del General Viamont. Exhumados los restos fuéron conducidos decorosamente á San José de Flores. Ese vecindario asistió á los sufragios religiosos, y al panegírico que produjo honda sensacion. Siguió el convoy á Buenos Aires, depositando los despojos mortales en la iglesia de la Piedad, de donde fué á recibirlos el Gobierno para transportarlos á un salon del Fuerte convertido en capilla ardiente. En ella se dijeron misas desde las cuatro de la mañana hasta las diez. Las preces del clero y de los ciudadanos diéron á ese lugar el aspecto de una romería á la tumba de un mártir ó de un apóstol en los orígenes del Cristianismo.

La Catedral recibió ese depósito en un catafalco

donde fué colocado por cuatro generales. La pompa de la Iglesia Católica acompañó los ritos consagrados por ella á los difuntos. Nunca se eleváron bajo esas bóvedas augustas, tantos suspiros envueltos en incienso. Se pronunció por el Canónigo Figueredo una oracion fúnebre que él empezó con las palabras del libro de los Macabeos sobre Jonatan. En el mismo tiempo se celebraba una misa de «requiem» en todos los Curatos de la Provincia, y se habia decretado un luto de tres dias.

El Gobernador Rosas, con todas las corporaciones del Estado y con el hermano del finado, asistia á la ceremonia.

Nunca desde el tiempo en que las reliquias de Germánico fuéron llevadas á Roma por su viuda se habia visto á un pueblo lamentar mas sinceramente la pérdida de uno de sus hijos.

Despues, un carro de forma antigua y arrastrado por los ciudadanos, atravesó lentamente la ciudad. Los inválidos, los ancianos, los mendigos, los niños de las escuelas, seguian las filas compactas de un cortejo brillante que parecia interminable. Todo el ejército hacia los honores prescriptos para los Jefes Supremos de las Naciones. Durante el trayecto, guirnaldas de flores eran arrojadas sobre el carro por las manos de la belleza. Las salvas de artillería de los fuertes y de las estaciones navales, retumbaban cada cuarto de hora durante todo el dia, y se mezclaban á las graves armonías de una música triunfal.

Disipábanse yá las últimas vislumbres de la tarde,

cuando esa marcha terminó en el cementerio. Allí Rosas leyó al reflejo de una antorcha este discurso: «Dorrego! Víctima ilustre de las disensiones civiles! descansa en paz.....La Patria, el honor, y la religión, han sido satisfechos hoy, tributando los últimos honores al primer magistrado de la República, sentenciado á morir en el silencio de las leyes. La mancha mas negra en la historia de los Argentinos ha sido ya lavada con las lágrimas de un pueblo justo, agradecido y sensible. Vuestra tumba, rodeada en este momento de los representantes de la Provincia, de la magistratura, de los venerables sacerdotes, de los guerreros de la independencia, y de vuestros compatriotas dolientes, forma el monumento glorioso que el gobierno de Buenos Aires os ha consagrado ante el mundo civilizado..... monumento que advertirá hasta las últimas generaciones, que el pueblo porteño no ha sido cómplice en vuestro infortunio.... Allí, ante el Eterno, árbitro del mundo, donde la Justicia domina, vuestras acciones han sido ya juzgadas: lo serán tambien las de vuestros jueces, y la inocencia y el crimen no serán confundidos... Descansa en paz entre los justos...Adios, Dorrego, Adios para siempre.»

Las palabras que acaban de leerse eran dignas de la ocasion. Dominaba en ellas la razon de Estado; pero la historia, y aun la biografía, tienen la mision de dar á las acciones humanas su nivel, y austero culto á la verdad.

X

El exámen atento del carácter y de los hechos de Dorrego, no le presentan como un modelo del militar y del ciudadano en su significacion mas elevada. Faltó frecuentemente á uno de los primeros deberes del soldado, que es la subordinacion. Como republicano, no tuvo la pureza que admiramos en otros ciudadanos. Halagó pasiones de la muchedumbre, y no fué escaso de promesas á sus amigos ni de sarcasmos á los que no lo fuéron. Abusó de los resortes electorales, aprovechando los elementos que estaban mas á mano. Alentó la vanidad de caudillos, que él miraba como instrumentos de su elevacion. Su correspondencia con ellos deja traslucir el deseo immoderado de suplantar á sus rivales. El elogio á esos corresponsales no podia ser sincero, y cuando en una de sus cartas ofrecia al Gobernador vitalicio de Santiago, Don Felipe Ibarra, enviarle una espada de oro, reiria interiormente del dudoso mérito del correligionario. Tales defectos magnificados por sus enemigos, preparáron quizá la catástrofe.

Pero esta es solamente una faz de su figura histórica. Sus talentos fuéron sobresalientes. Tenia las mejores dotes del tribuno popular, y del orador parlamentario. Nadie le aventajó en la claridad y en la rapidez de concepcion entre sus colegas del Congreso General Constituyente. Su corazon simpáizaba con todo lo grande y con todo lo bueno. Sin-

tió con vehemencia el amor, la amistad, la admiración. Ardiente en los combates, tuvo horror á la sangre, y clemencia con el vencido, llegando á cubrir con sus propios vestidos al enemigo caído. Pagó el mal, haciendo todo el bien posible, y salvando á sus perseguidores. En fin, durante su gobierno, desplegó para con sus opositores de la víspera una moderación que hubiera debido desarmarlos.

Sorprendido por la muerte cuando sentía en su pecho el fuego juvenil, la vió llegar con la serenidad de un soldado argentino, y con la mansedumbre de los héroes cristianos.

Parecía que entre un ser tan noble y el cadalso había la distancia inconmensurable del zenit al ocaso.

Hubo sin embargo quien osó arrebatár á la naturaleza sus derechos, y á la justicia su balanza.

Las leyes divinas y humanas fuéron conculcadas por el general Don Juan Lavalle en ese cruento sacrificio.

¿Que víctima era esta coronada con los laureles de la independencia americana, y rodeada de las primicias de la paz que acababa de ofrecer á su patria? Dorrego, glorioso é inocente, era inviolable.

Jamás soldado alguno arrojó sobre su conciencia mayor responsabilidad que Lavalle. Su ignorancia del derecho público, ó su odio inconcebible, no disminuyen la magnitud del atentado consumado por su rebelion.

Así, ni los antecedentes esclarecidos de este Ge-

neral, ni su empresa para derrocar la dictadura, bastarian á redimirle, si su arrepentimiento tardío y su fin lamentable no hubiesen convertido en tristeza el rubor de sus conciudadanos.

Hay algo en el fondo de este episodio lúgubre, que puede modificar el criterio de la posteridad.

Existen razones poderosas para admitir que su fatal determinacion le habia sido sugerida en conciliábulos secretos por otros hombres cuyos principios le merecian absoluta confianza y por muchos de sus compañeros de armas.

Los nombres de aquellos conjurados fuéron el tema de publicaciones en ámbos mundos, pero no podemos, despues de medio siglo, hacernos el eco de esas confidencias, cuando falta la evidencia perfecta, y cuando el error en este caso seria la calumnia.

Hoy bajo un mismo cielo, testigo de esta inmolation, reposan eternamente casi juntos el ajusticiado de Navarro y el sacrificador. Sus urnas cinerarias, protegidas por la piedad, genio divino inclinado sobre los sepulcros, ofrecen lecciones mas imperecederas que el cedro de que están fabricadas.

A N E X O

Mi querida Angelita:

En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir: ignoro porque; mas la Providencia Divina en la cual confío en este momento crítico así lo ha querido.—Perdono á todos mis enemigos, y suplico á mis amigos que no dén paso alguno en desagravio de lo recibido por mí.

Mi vida: educa á esas amables criaturas. Sé feliz, ya que no lo has podido ser en compañía del desgraciado.

MANUEL DORREGO.

Mi vida:

Mándame hacer funerales, y que sean sin fausto.—Otra prueba de que muero en la religion de mis padres.

TU MANUEL.

Mi querida Angelita:

Te acompaño esa sortija para memoria de tu infortunado padre.

MANUEL DORREGO.

Mi querida Isabel:

Te devuelvo los tiradores que hiciste á tu desgraciado padre.

MANUEL DORREGO.

Sed católicas y virtuosas, que esa religion es la que me consuela en este momento.

Sr. D. Fortunato Miró.

Mi apreciado sobrino: Te suplico arregles mis cuentas con Angela, por si algo le toca para vivir á esa desgraciada. Recibe el adios de tu tio.

MANUEL DORREGO.

Sr. D. Miguel J. Ascuénaga.

Mi amigo, y por Vd. á todos. Dentro de una hora me intiman debo morir; ignoro porque. La Providencia así lo ha querido. A Dios, mis buenos amigos, acuérdense Vds. de su:

MANUEL DORREGO.

En este momento, la religion católica es mi único consuelo.

TESTAMENTO

Un documento de un Diputado de Catamarca de cinco mil y pico de pesos contra el Estado, declaro estaba en mi poder, y pienso se habrá quemado.

Tambien otros de tierras de don Javier Fuente á medias conmigo.

Diaz el que fué guarda tiene unos documentos de tierras mias en el Arroyo Azul.

Pido á Fortunato Miró haga una transaccion con D. Francisco Elfa.

Todos los documentos de minas en compañía de Lecoc están en la cómoda vieja; que Lecoc sea dueño de todas ellas, y dé á mi familia lo que tuviese á bien.

Doscientos pesos plata á D. Pablo....

APUNTES

Que Fortunato te entregue lo que en su conciencia cree tener mio.

Calculo que Azcuénaga me debe como tres mil pesos.

José Maria Miró mil quinientos.

Don José Maria Rojas seis mil.

Debo una letra de tres mil trescientos pesos á D^a. Isabel Cires.

De los cien mil pesos de fondos públicos que me adeuda el Estado, solo recibirás las dos terceras partes: el resto lo dejarás al Estado.

A Manuela la mujer de Fernandez le darás trescientos pesos.

A mis hermanos y demas coherederos debes ó darles ó recabar de ellos como mil quinientos pesos

que recuerdo tomé de mi padre, y no he repartido á ellos.

PARTE DEL GENERAL LAVALLE

Buenos Aires, Diciembre 13 de 1828.

Señor Ministro.

Participo al gobierno delegado que el Coronel D. Manuel Dorrego acaba de ser fusilado por mi orden al frente de los regimientos que componen esta división.

La historia, Señor Ministro, juzgará imparcialmente si el Coronel Dorrego ha debido ó no morir; y si al sacrificarlo á la tranquilidad de un pueblo enlutado por él, puedo haber estado poseido de otro sentimiento que el del bien público.

Quiera persuadirse el pueblo de Buenos Aires, que la muerte del Coronel Dorrego es el sacrificio mayor que puedo hacer en su obsequio.

Saludo al Señor Ministro con toda atencion.

JUAN LAVALLE.

Exmo. Señor Ministro de Gobierno Doctor Don José Miguel Diaz Velez.

Lerman 28-7-50

October 1 de 1880.

